

Cultura

Marta San Miguel recupera en «Última escala» la figura del compositor, que murió en el mar después de que un submarino alemán torpedeara su barco

Granados, el músico que se ahogó en el Canal de la Mancha

J. Ors. MADRID

El 124 de marzo de 1916, Enrique Granados puso fin al romanticismo con un último gesto de generosidad y desprendimiento hacia la vida y, a pesar de la fobia congénita que sentía hacia el agua y de apenas saber nadar, se arrojó al mar sin vacilar ni dejarse intimidar por el miedo para intentar salvar a su mujer. Unos minutos antes, el submarino alemán UB-29 había torpedeado el casco del Sussex, un vapor con pabellón francés que atravesaba las aguas del Canal de la Mancha. Su capitán, Herbert Pustkuchen, que lo había confundido con un buque minador, jamás podía imaginar que su decisión terminó con la vida de uno de los compositores españoles más florecientes de principios del siglo XX. El músico y su esposa, agarrados el uno al otro, se hundieron en las procelosas aguas del Atlántico, dejando en los supervivientes una estampa que perduraría en su memoria y que después se perpetuó como leyenda. Una imagen que, desde que la conoció en la sinopsis de un disco, obsesionaba a Marta San Miguel, autora de «Antes del salto», que regresa ahora con «Última escala» (Libros del Asteroide), un título que noveliza la historia de un pianista que supo reconciliar la tradición española y la europea. «Todo surge porque descubrí su historia. En casa se oía música clásica y escuché esa pieza que me

resultaba familiar, pero que, sin embargo, no había oído nunca. La clásica es algo que hacen los europeos, aunque esta música me hablaba a mí. Busqué al autor y leí su biografía, que ocupaba la página del libreto, y desde ese momento ya se me quedó atravesada, hasta el punto de que hice reportajes en diarios», reconoce la escritora.

Comprender a un talento

Con estos escasos mimbres, comenzó una indagación que le ha llevado tres años completar y que concreta en un título que va más allá de ese incidente final y ahonda con acierto en una de las principales figuras que ha dado la música en nuestro país. «Me di cuenta de que aquel era un mundo que habíamos perdido y olvidado, pero no podía recuperarlo si no tenía esta historia mal resuelta. Necesitaba comprender quién era este hombre que, cuando triunfa como músico, se lanza al mar para rescatar a su mujer. ¿Por qué tiene una reacción como esa, que está por encima de cualquier calificativo que podamos darle? La brutalidad de ese gesto final me hablaba de las cualidades de una persona que me requirió mucho tiempo de investigación. En ocasiones no podemos entender por qué actuamos como lo hacemos. La naturaleza humana sale cuando reaccionas de esta manera, sin pensar».

Marta San Miguel reconoce que «ha sido un esfuerzo titánico recomponer el tiempo en que vivió, los vínculos que mantuvo con otros músicos, cómo era esa Espa-

EFE



Granados, un compositor al que le persiguió la mala suerte

ña y esa Europa» para intentar impregnar sus páginas de la necesaria verosimilitud y un adecuado realismo. Aunque, como matiza ella misma, esto «no es una biografía; es una reconstrucción literaria de Enrique Granados a través de escenas que existieron y que conocemos por la documentación». El resultado es un volumen riguroso y ameno que trasciende lo anecdótico para ofrecer una ajustada semblanza de esta figura principal de nuestro arte que, por el devenir del siglo y el desapego que traen consigo las modas, ha quedado soslayada para el gran público y que ahora pervive entre nosotros apenas desdibujada, cuando no olvidada por muchos. «¿Por qué nos permitimos olvidar a Albéniz, a Sarasate, a Joaquín Rodrigo...? ¿Por qué prescindimos de estos nombres en las programaciones, en los grandes festivales, en los teatros? No digo que haya que hacer una apología de nuestra música, pero debemos estar orgullosos de nuestro patrimonio. Podemos estar orgullosos de cómo sonamos



La escritora Marta San Miguel

como país. La música de Granados está ahí gracias a Alicia de Larrocha», comenta con entusiasmo.

Marta San Miguel, que apunta que «Granados improvisaba sobre el piano y nunca interpretaba sus partituras de igual manera, y es probable que este salto final desde el barco fuera quizá su última im-

provisación», reivindica su nombre y afirma con rotundidad que «fue fundamental en España. Barcelona desarrolla una escuela pianística influida por la cercanía con los Pirineos y la propia efervescencia de la ciudad, que hizo que acudieran músicos europeos, pero el hecho de que él estudiara en París resultó fundamental, no solo porque aprendió a tocar de una manera que no era la común, sino por los vínculos que estableció». Y menciona aquí a grandes talentos, como Ravel o Debussy, «que se movían en un entorno impresionista. Granados estaba ahí y se empapó de aquello. Es crucial que saliera y que volviera, aunque aquí, sin Albéniz, no hay Granados».

Para ella, estos creadores «no imitaron a los europeos. Con lo que aprendieron, escucharon, sintieron y tomaron de toda la música popular española, crearon un sonido basado en la excelencia de los músicos europeos, pero aplicándolo a las canciones populares». Marta San Miguel relata la curiosidad de que Granados, un hombre

de carácter simpático, desenvuelto, sin miriñaques que sujetaran su espontaneidad, «se iba por las masías, pasaba el día con los payeses y escuchaba cantar. Debía de ser carismático. Luego, al regresar, tomaba papel y componía; por eso lo llamaban el Grieg. Albéniz y Granados miraron a las raíces españolas para encontrar un sonido propio y evitar imitar a los franceses o a los demás».

Granados muere cuando había alcanzado la cima. Su talento comienza a ser reconocido y se convierte en el primer músico español que tocó en la Casa Blanca, en presencia del presidente de Estados Unidos. Pero siempre tuvo mala suerte. «Su carrera comienza cuando está en el barco. Su carrera comienza ahí. Ha atraído por fin la atención internacional. Y eso que él mismo sabía que las “Goyescas” no era una obra perfecta. Pero había obtenido el beneplácido».

Granados fue el primer músico que tocó en la Casa Blanca ante un presidente de EE UU

«Su muerte le llegó en lo más alto y nos privó de lo que nos pudo haber dado», dice la autora

to, tenía propuestas para tocar en América y Europa. Por fin podía quitarse las deudas y dedicarse por primera vez en exclusiva a la música». Lo que sucedió fue una fatalidad. Al aceptar la invitación del presidente Wilson y tocar ante él, renunció a tomar un barco de bandera española que lo devolvía a su país y tomó otra embarcación días después que le obligaba a hacer escala en Inglaterra y embarcar en el buque que le llevaría a Francia. Pero la Primera Guerra Mundial ya había estallado y navegar a través del Canal de la Mancha era jugar a la ruleta rusa. «Es una conjetura pensar hasta dónde pudo haber llegado, pero me temo que el destino nos privó de lo mejor de Granados».



«Última escala»
Marta San Miguel
LIBROS DEL
ASTEROIDE
224 páginas,
19,95 euros

Julian Barnes: «Ya he dicho todo lo que debía decir»

El escritor dice adiós a la literatura con el libro «Despedidas»

Víctor Fernández. BARCELONA

Julian Barnes forma parte de lo que el editor Jorge Herralde calificó como «dream team», esa generación de autores británicos que supieron convertirse en referentes de muchos lectores. A sus 80 años, Barnes dice adiós a todos los que lo leen con un libro que no podía llevar otro título, «Despedidas», y que acaba de publicar Anagrama. El escritor, que estuvo ayer en Barcelona para participar en el Festival En otras palabras que organiza CaixaForum Barcelona, tuvo previamente un encuentro con los medios en el que empezó mostrando su alegría por la victoria del Barça en la liga. «Cuando llegaron las noticias de que el Barcelona había ganado frente Real Madrid generó mucha alegría porque en Inglaterra se considera como el segundo equipo para muchos», dijo. Pero Barnes no vino a hablar de fútbol, sino de su adiós, de las últimas líneas de su libro en las que dice a sus fieles que «espero que hayas disfrutado de nuestra relación a lo largo de los años. Yo desde luego que sí. Tu presencia ha sido un placer; de hecho, no sería nada sin ti». En este sentido, el autor de «Elizabeth Finch» reconoció que tras despedirse por escrito «me siento bien. No fue una decisión sencilla. Empecé a escribir este libro sin saber si sería el último o que lo dejaría por un tiempo sin acabar hasta mi muerte. Pensé que lo debía acabar. La verdad es que no sé que se siente al ser el último. He sido periodista y escritor de ficción, y seguramente seguiré con ensayos y críticas si me lo piden. Pero cuando has dicho todo y tocado todas melodías ya está. He escrito sobre todo y he dicho todo lo que debía hacer. Es eso».

Y puso como ejemplo a su amigo y compañero de letras Ian McEwan, otro destacado miembro del «dream team»: «Cuando le dijo a su mujer que dejaba de escribir esta preguntó que qué es lo que haría todo el día. Pues me pasa igual. No me he preguntado aún qué haré. Por ahora viajo, pero no tengo una sensación de pérdida. Creo que dejarlo aquí es

lo correcto. “Perdonadme, pero era una broma” será el título del siguiente libro si escribo uno nuevo», aseguró.

En esta posibilidad de seguir al pie del cañón, aunque dedicado a la no ficción, Julian Barnes sí que descartó basarse en la actualidad más inmediata, en la dureza y oscuridad del mundo que nos está tocando vivir: «Nunca he sido un escritor inspirado por una cosa que pase de manera inmediata en las noticias. Lo que me inspiran son las cosas que pasaron hace tiempo, ya sea a mí o en la Historia. Una vez un autor me dijo que había una diferencia entre él y yo: tú eres más Flaubert y

yo más Zola. No creo que no escriba sobre hoy, pero lo que pasa hoy ya pasó antes. Hay una gran novela sobre Trump, aunque no soy quién para escribirla. Soy consciente de mi talento, por lo que no haré un libro de ficción sobre la situación actual», aseguró a la vez que reivindicaba el humor.

Personaje loco y cómico

Y es que no se puede olvidar que, en palabras de nuestro protagonista, «Shakespeare mezcló géneros: siempre hay un personaje loco y cómico que dice la verdad. De mí hablan como un escritor híbrido. Ser divertido es una bue-

creo en decirle cómo es el mundo y cómo vivir. Siempre he tenido al lector a mi lado, pensando que me escuchaba. A veces resulta difícil describir el proceso y olvidas cómo llegaste a la decisión final que tomaste, pero lo que era evidente es que esta era la página más importante en el libro».

¿Y Barnes ha encontrado, tras cerrar su último libro, la fórmula para una buena despedida? «No lo sé», admitió, para agregar que para contestar bien a esa cuestión debería morir. Cuando eso ocurra, ojalá que dentro de mucho tiempo, «volveré y os lo contaré. Uno no puede planificar su muerte. Recuerdo que las últimas palabras famosas son de un aristócrata inglés que le dijo a su esposa: “nos queda poca mermelada”. Me parece fantástico decir un pensamiento tan trivial en ese momento. Por eso creo que las últimas que diré serán para preguntar quién ha ganado la Copa del mundo».



El escritor
Julian Barnes,
ayer, en
CaixaForum
Barcelona

«Creo que hay una gran novela en Trump, pero no soy yo quién para escribirla»

«Escribo para decir: así lo veo y podéis discrepar conmigo, no para sentirme mejor»

na manera de ser serio. Ese es un enfoque muy inglés».

Hablábamos antes del final perfecto con el que Barnes pone punto y final a «Despedidas». No fue nada fácil llegar hasta allí, como aseguró el responsable de títulos como «Mirando al sol» o «Hablando del asunto»: «Siempre escribo y reescribo, reviso. A veces descubro la historia en un borrador y la llevo a primera línea. La página que me ha llevado más reescritura fue la última por peso y ritmo de las frases, porque estoy con alguien al que le gustan mis libros y me estoy despidiendo. Fui ajustando, ajustando. Es mi libro más convencional, una conversación con el lector. No

Y para cerrar, para despedirnos, dejemos que Julian Barnes cuente para qué escribe una de las obras más estimulantes de las letras británicas contemporáneas: «No lo hago para sentirme mejor o para escapar de un problema. Yo escribo para decir: así lo veo y podéis discrepar conmigo. No para buscar consuelo en la muerte».



«Despedidas»
Julian Barnes
ANAGRAMA
214 páginas,
19,90 euros